

Arqueología de la Guerra Civil Española

Archaeology of the Spanish Civil War

Alfredo GONZÁLEZ RUIBAL

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. 28040 Madrid
aruibal@ghis.ucm.es

Recibido: 08-07-2008

Aceptado: 10-07-2008

RESUMEN

En este artículo se presenta el dossier sobre arqueología de la Guerra Civil Española. Se revisarán brevemente tres temas que son cruciales para una aproximación arqueológica a los restos de la Guerra Civil y el régimen de Franco: el concepto de arqueología, patrimonio y políticas de la memoria.

PALABRAS CLAVE: *Guerra Civil Española. Franquismo. Método y teoría arqueológicas. Patrimonio cultural. Memoria. Política.*

ABSTRACT

In this article, the dossier on the archaeology of the Spanish Civil War is introduced. Three main topics will be briefly reviewed that are crucial for an archaeological approach to the remains of the Civil War and the Franco Regime: archaeology itself, heritage, and memory politics.

KEY WORDS: *Spanish Civil War. Francoism. Archaeological method and theory. Cultural heritage. Memory. Politics.*

SUMARIO 1. Introducción. 2. Arqueología. 3. Patrimonio. 4. Políticas de la memoria. 5. Conclusión.

“Olvidémosla, es lo mejor. Es un episodio desgraciado, turbio, confuso. No sirve. La historia debe ser instructiva, ejemplar. En esa guerra nadie se cubrió de gloria. Y nadie entiende lo que pasó. Las gentes han decidido bajar una cortina. Es sabio, es saludable”

Mario Vargas Llosa, *La Guerra del Fin del Mundo*, 1984

1. Introducción

En este dossier se recogen una serie de artículos que abordan, desde un punto de vista arqueológico, diversos episodios de la Guerra Civil y de la posguerra en España, en un período que comprende del inicio de la guerra en julio de 1936 hasta 1952 aproximadamente (Figura 1). Además, se han incluido dos artículos que no abordan un caso de estudio concreto de la guerra o la posguerra, pero que resultan de especial interés por ofrecer una visión externa: uno de ellos trata de la arqueología de la represión en América Latina (Zarankin y Salerno) y otro sobre el papel de los especialistas forenses extranjeros en las exhumaciones de represaliados en España (Congram y Steadman). El primero sirve de comparación entre el caso español y el latinoamericano, así como de guía para los investigadores nacionales, puesto que en Sudamérica la experiencia en arqueología del conflicto es anterior y más amplia que en

nuestro país (cf. Funari y Zarankin 2006). Por lo que respecta al artículo de Congram y Steadman, no sólo se analiza aquí la labor de los expertos extranjeros que estudian la Guerra Civil Española, sino que se contextualiza el fenómeno de la arqueología y an tropología forenses en el marco mundial.

El hecho de que hablemos de la Guerra Civil, aunque el lapso de tiempo tratado supere el marco estricto de ésta, se justifica porque la situación bélica para muchos no acabó en 1939: ni para los prisioneros de las cárceles y destacamentos penales y sus familias, ni para las decenas de miles de ejecutados hasta finales de los años 40, ni para la guerrilla antifranquista, ni para las fuerzas armadas encargadas de combatirla. Lo expresa con elocuencia el preso anónimo que dejó un poema en el campo de concentración de Camposancos: “*ha los tres años de guerra/ ganaron los nacionales./ Al acabar la guerra/ entre ratas nacionales/ otra cruel empezó en campos y cárceles/ Esta otra mas tremenda,/ y ademas sin piedad/ pues se castiga ha los hombres/ con toda la iniquidad*” (Ballesta y Rodríguez Gallardo, en este dossier).

No es necesario señalar que no se ha pretendido en modo alguno llevar a cabo un tratamiento exhaustivo del conflicto desde un punto de vista arqueológico. Lo que se ha querido es dar a conocer la rique-

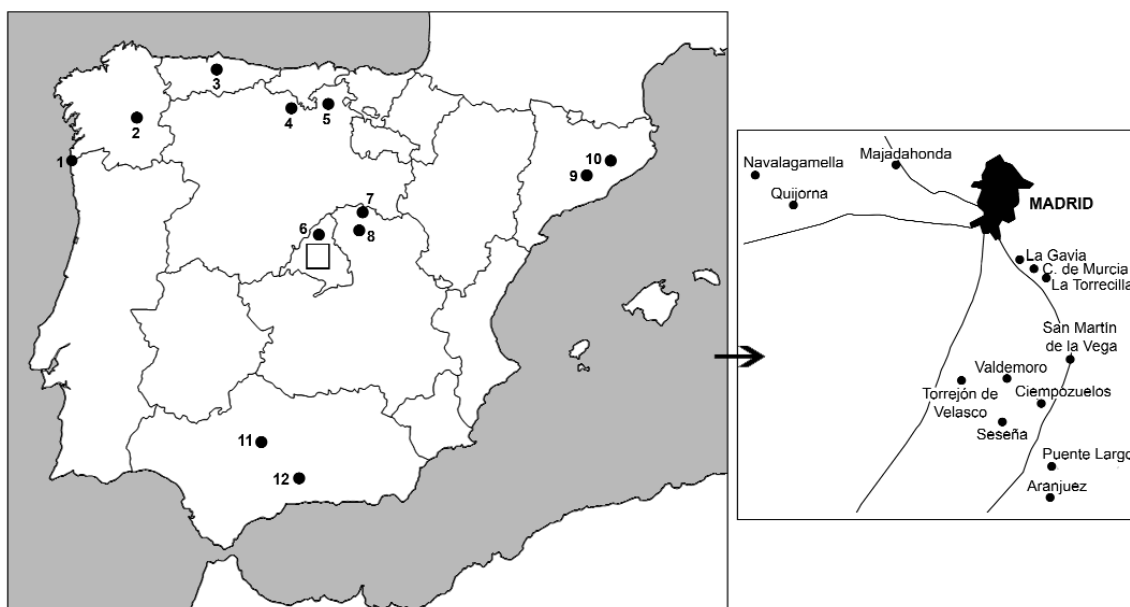


Figura 1.- Localización de los principales lugares mencionados en el dossier: 1. Camposancos (Pontevedra); 2. Sudeste de Lugo; 3. Oviedo (Asturias); 4. Monte Bernorio (Palencia); 5. Valdenoceda (Burgos); 6. Bustarviejo (Madrid); 7. Cincovillas (Guadalajara); 8. Frente de Guadalajara; 9. El Bruc (Barcelona); 10. Gurb (Barcelona); 11. Santaella (Córdoba); 12. Villanueva del Rosario (Málaga). El recuadro de la derecha incluye los lugares mencionados de las batallas de Madrid y del Jarama.

za de aproximaciones que caracteriza a esta forma de arqueología y las posibilidades que ofrece desde el punto de vista histórico, patrimonial, social y político. Por ello, no sólo los temas tratados son diversos, sino también la proveniencia misma de los investigadores: universidades y centros de investigación, museos, asociaciones, colectivos y empresas de arqueología. La arqueología de la Guerra Civil es, necesariamente, una práctica “mestiza e interdisciplinar”, como señalan Ballesta y Rodríguez Gallardo, en la que la intervención de especialistas de distintos ámbitos no puede sino enriquecer nuestras perspectivas sobre el fenómeno histórico.

La enorme relevancia pública que ha venido adquiriendo desde la última década la historia de la Guerra Civil y el Franquismo justificaría por sí sola la publicación del dossier: el editor de este volumen considera que la academia no debería permanecer al margen de las preocupaciones e intereses de la sociedad, especialmente cuando estas preocupaciones tienen que ver con la historia. Pero hay más motivos: en primer lugar, la arqueología está ya muy implicada, de distintas maneras, en la gestión de la memoria del conflicto, pero no existe un foro de debate común, ni contactos fluidos entre las distintas personas que se dedican a este tipo de investigación, con frecuencia sumamente especializada (González Ruibal 2007). Mediante esta obra co-

lectiva se trata de mostrar, aunque no de forma exhaustiva, la diversidad de enfoques que abordan la materialidad de la guerra y la dictadura. La intención es que se convierta en un punto de referencia para posteriores encuentros, discusiones y proyectos, en los que cada vez más se integren intereses y líneas de actuación variadas.

En segundo lugar, pese a la señalada diversidad de aproximaciones arqueológicas, la realidad es que aquello que el público identifica de forma mayoritaria con la arqueología de la Guerra Civil es la arqueología forense. La importancia de esta práctica está fuera de toda duda por muchas razones, pero su preeminencia no debería llevarnos a olvidar otras posibilidades. La dimensión patrimonial de los restos de la guerra, por ejemplo, está cobrando una gran importancia en los últimos años. Cada vez más personas quieren visitar los vestigios del conflicto —como sucede en otras partes de Europa con las guerras mundiales (Saunders 2007). Sin embargo, para visitar los restos es necesario primero conocerlos, estudiarlos, conservarlos y hacerlos accesibles al público. La arqueología tiene un papel fundamental en este proceso.

En tercer lugar, la Universidad Complutense constituye un lugar privilegiado para dar a conocer la labor de los arqueólogos de la Guerra Civil: al fin y al cabo, la Ciudad Universitaria de Madrid se con-



Figura 2.- En esta fotografía tomada el 14 marzo de 1937 por Albero y Segovia en las posiciones republicanas de la Ciudad Universitaria se aprecian bien los edificios de Odontología, Medicina y Farmacia, cuyo aspecto no ha cambiado prácticamente desde entonces. Ministerio de Cultura, *Archivo Rojo* (signatura: AGA, 33, F, 04063, 55431, 001). <http://pares.mcu.es/ArchivoRojo/inicio.do>

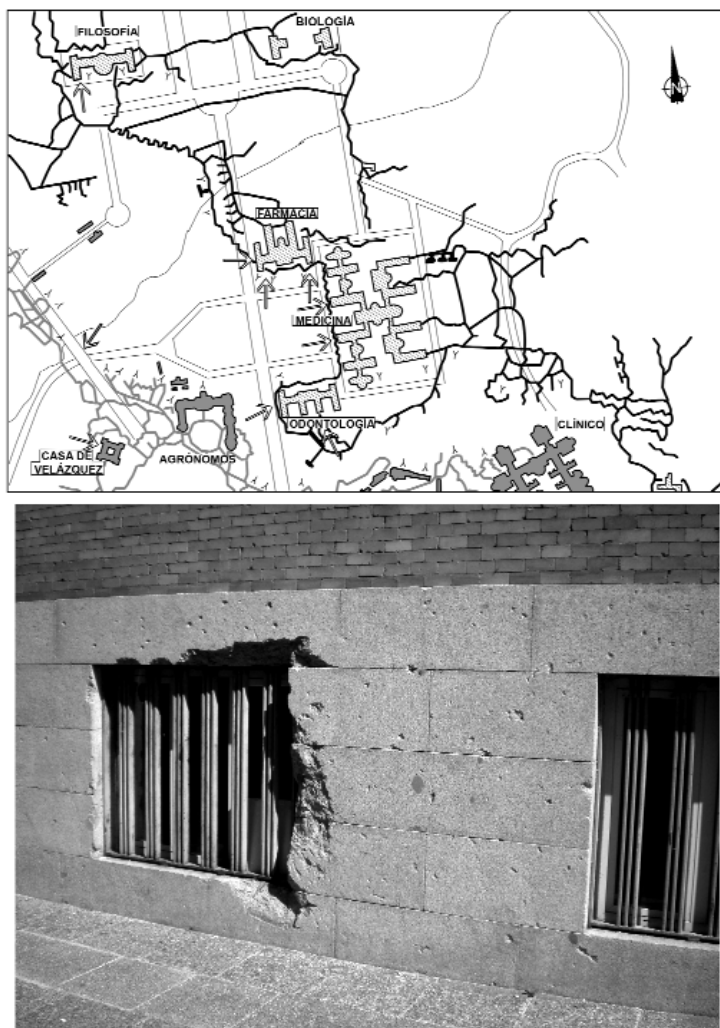


Figura 3.- Arriba: Planimetría parcial de las trincheras de la Guerra Civil al final del conflicto en la Ciudad Universitaria de Madrid. Se indican con flechas las paredes donde se perciben mayor número de impactos en la actualidad. Abajo: Marcas de proyectiles de armas ligeras visibles hoy en la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid.

virtió en uno de los campos de batalla más famosos del conflicto y es en la actualidad un gran yacimiento arqueológico que ofrece grandes posibilidades, tanto desde el punto de vista patrimonial como científico (Figura 2). La Ciudad Universitaria, además, ejemplifica bien uno de los fenómenos que hacen de la arqueología de la Guerra Civil algo tan atractivo: los muros acribillados de sus facultades (Figura 3) nos permiten descubrir que el escenario cotidiano en el que discurren nuestras vidas esconde una historia siniestra, épica, salvaje, inconcebible. Una historia global, que nos conecta con eventos determinantes del devenir de la humanidad —las dictaduras, las revoluciones, las nuevas tecnologías bélicas del si-

glo XX y la Segunda Guerra Mundial. Se trata de una historia que nos parece ahora prehistórica desde la atalaya del presente democrático y pacífico— quizá de ahí, también, la fascinación arqueológica. A la arqueología le corresponde desvelar las trazas en el paisaje de un pasado inverosímil y remoto y colaborar con la sociedad en la interpretación de ese paisaje familiar y extraño al mismo tiempo.

En esta introducción trataré brevemente tres cuestiones que aparecen de distintas formas a lo largo de los trabajos. Estas cuestiones tienen que ver con la disciplina arqueológica y sus posibilidades, con el patrimonio cultural y con las políticas de la memoria.

2. Arqueología

Todos los trabajos aquí recogidos son arqueológicos. Lo son por dos razones al menos, que constituyen el mínimo común denominador de nuestra disciplina: se centran en la cultura material (aquí entrarían también las fosas comunes) y estudian hechos del pasado. Lo son también en el sentido tautológico de la ley española de patrimonio (Ley 16/85, título V, artículo 40.1), según la cual es arqueológico aquello susceptible de ser estudiado con metodología arqueológica: “forman parte del Patrimonio Histórico Español los bienes muebles o inmuebles de carácter histórico, susceptibles de ser estudiados con metodología arqueológica, hayan sido o no extraídos y tanto si se encuentran en la superficie o en el subsuelo, en el mar territorial o en la plataforma continental”. El uso de tal metodología se advierte en las prospecciones de superficie, catalogación de yacimientos, excavaciones de estructuras, documentación planimétrica y estratigráfica, exhumaciones forenses y el estudio y restauración de materiales que aparecen en los artículos. Sin embargo, la arqueología del pasado contemporáneo constituye, más allá de las técnicas específicas, una cartografía profunda del paisaje cotidiano. Como señala Xurxo Ayán en este dossier, de lo que se trata es de “mostrar las conexiones existentes entre lugares, artefactos y gente, las relaciones entre paisaje, proceso, cultura material y memoria”.

La cultura material de la guerra y la posguerra es especialmente variada y compleja y plantea importantes retos al investigador: abarca desde los casquillos de bala abandonados en los campos de batalla hasta los graffitis que cubren las paredes de un campo de concentración ¿Cómo documentar los restos de la guerra? ¿Qué se debe recuperar y qué no? ¿Cómo se excava mejor una trinchera? ¿Qué información podemos extraer de las huellas de uso de un fortín de hormigón? ¿Podemos plantearnos cuestiones de tipo sociológico a partir de los restos militares? Al plantear nuevas formas de aproximación al registro material, la arqueología de la Guerra Civil puede proporcionar herramientas teóricas y metodológicas al estudio de otros períodos (aunque ésa no sea su función principal).

La función principal, o al menos una de ellas, es contar otras historias a partir de los objetos, es decir de forma diferente a la convencional. En ocasiones no se trata si quiera de una historia, sino simplemente de revelar la existencia de tales objetos,

desocultarlos. Al hacer esto mediante la arqueología producimos una realidad nueva. Al excavar un búnker o una choza en un campo de concentración con metodología arqueológica estamos haciendo algo más que sacar a la luz un elemento olvidado del pasado reciente: estamos convirtiendo esos artefactos en elementos prehistóricos, como ha señalado Lucas (2005: 126); los estamos percibiendo como nunca los habíamos percibido antes. Con esta extraña revelación del pasado aprendemos algo, algo que no siempre es verbalizable (Buchli y Lucas 2001: 25), pero que siempre tiene un efecto poderoso en nuestra experiencia del mundo. El caso más obvio es el de las exhumaciones: el hecho físico en sí de desenterrar a los represaliados del Franquismo ha transformado nuestra percepción del pasado reciente y del paisaje vivido. Como dice alguien en la película *En Construcción* (José Luis Guerín 2001), ante una necrópolis romana que aparece durante las obras de remodelación del barrio: “mira que vives encima de muertos y no te enteras”.

Con frecuencia, no obstante, la única narración histórica posible es la que se construye con los restos arqueológicos, de ahí la importancia clave de nuestra disciplina. El análisis forense de los huesos de un represaliado en una fosa común, por ejemplo, nos permite escribir la historia única de su tormento y muerte (cf. Foro por la Memoria, Gassiot y Ríos *et al.*, en este dossier). Por su parte, Ballesta y Rodríguez Gallardo recuperan la historia de los que no tienen historia a través de los graffitis presentes en el campo de concentración de Camposancos. Se trata de un testimonio sobrecogedor, pues posee la trágica inmediatez de la que nos privan las memorias escritas después de los hechos. En los graffiti de los prisioneros se encuentra el *punctum* que menciona Roland Barthes: quienes los escriben han muerto y van a morir. Nos estremecemos, como dice Barthes (1981: 96), “ante una catástrofe que ya ha ocurrido”.

3. Patrimonio

La faceta patrimonial es otra de las funciones básicas de la arqueología del conflicto contemporáneo y, de hecho, a los especialistas en la gestión de patrimonio se debe el desarrollo de muchas metodologías y enfoques teóricos en relación a este tema (Schofield 2005). Uno de los valores más importantes del patrimonio más reciente y conflictivo es su peculiar aura (Benjamin 1968). El Foro Romano o

Stonehenge tienen aura porque son únicos, auténticos e históricos, pero aunque nos sobrecogen y nos hacen experimentar el pasado de una forma peculiar, se trata de una experiencia menos conmovedora que la visita a un campo de batalla o un campo de concentración del siglo XX. En parte, la clave del patrimonio conflictivo contemporáneo se basa en la transformación de un espacio convencional en un espacio aurático por la acción de eventos que han causado un profundo trauma: el paisaje de Verdún, por lo demás corriente, nos produce escalofríos porque allí murieron decenas de miles de personas en unas pocas horas de combate y ¿quién puede permanecer impassible ante los restos banales de Auschwitz, sabiendo que allí fueron asesinados un millón de seres humanos? Es interesante pensar que los edificios de la Universidad Complutense, como buenos ejemplos de artefactos de la era de la reproducción mecánica, carecerían de aura, sino fuera porque han sido tocados por la guerra. Es la huella arqueológica de metralla en el edificio de Farmacia lo que convierte una arquitectura anodina en algo excepcional y único. Podemos reproducir la Facultad de Farmacia sin mayor problema en cualquier lugar, pero no podemos reproducir la autenticidad de sus cicatrices.

En parte, sin embargo, el aura de estos lugares tiene en nosotros un efecto tan intenso porque forman parte de nuestra memoria íntima: están vinculados con personas a las que conocemos directa o indirectamente. Nuestra relación con la Guerra Civil y la dictadura es inevitablemente más estrecha y visceral que con ningún otro período de la historia, anterior o posterior. Esto que puede parecer negativo, no lo es tanto desde un punto de vista patrimonial: la fascinación que ejercen los restos de la guerra es incomparable a la de otros episodios históricos. Los campos de batalla, los centros represivos y los memoriales se pueden convertir en lugares de atracción turística, en los cuales se promueva un mejor conocimiento de la historia y se profundice en los valores democráticos. Esto está sucediendo ya en diversos lugares de Europa con vestigios de las guerras mundiales y de la Guerra Fría, por ejemplo (cf. Schofield *et al.* 2006) y está comenzando a suceder en España.

Resulta llamativo observar en la gestión del patrimonio de la Guerra Civil cómo las universidades y centros de investigación no se han encontrado precisamente en primera línea (la metáfora militar es aquí especialmente pertinente). Los primeros en

preocuparse por documentar y excavar restos de la Guerra Civil han sido empresas de arqueología (cf. Álvarez y Requejo, López Fraile *et al.* y Penedo *et al.* en este dossier), mientras muchos profesionales de la academia todavía discuten hoy si esos restos tan recientes son propiamente hablando “arqueológicos”. Por otro lado, en la catalogación y puesta en valor de los restos son personas aficionadas, colectivos y determinadas administraciones las que están haciendo un trabajo más notable (cf. Castellano 2004; Arévalo 2007). Gracias a la exhaustiva labor del Colectivo Guadarrama, por ejemplo (Castellano en este volumen), hoy en día existen más posibilidades de que los vestigios de la guerra en Madrid y Guadalajara se preserven para futuras generaciones. Un panorama semejante se ha dado en los campos de batalla del Frente Occidental, hasta la tardía intervención de las universidades (Saunders 2007). Desde 2003 existe en Bélgica un Departamento de Arqueología de la Primera Guerra Mundial (Dewilde *et al.* 2004), pero los aficionados exploraban los campos de batalla desde varias décadas antes —por lo general con menor sensibilidad y cuidado que los miembros del Colectivo Guadarrama en España.

Una importante labor de documentación de restos bélicos y posbélicos la llevan a cabo las instituciones en Cataluña y en la Comunidad Valenciana. La Federación Valenciana de Municipios y Provincias está llevando a cabo la catalogación de todos los restos del conflicto en la comunidad, en la actualidad dentro de un proyecto europeo (*Landscape of War*)¹. Los objetivos del proyecto son, entre otros, realizar un inventario del patrimonio bélico del siglo XX en la Unión Europea; examinar qué significa el patrimonio bélico para la sociedad; proporcionar elementos para iniciativas de desarrollo local, en forma de información y asesoramiento, y poner a disposición de las autoridades competentes una selección de sitios que puedan ser objeto de protección patrimonial y uso turístico. La Generalitat de Catalunya², por su parte, ha emprendido recientemente un plan de identificación y puesta en valor de lugares de conflicto (*Espais de Memòria*). Tales lugares superan el marco cronológico estricto de la guerra e incluyen espacios de la II República, de la Guerra Civil, de la frontera y el exilio, de la lucha antifranquista y de la recuperación democrática (Figura 4). La idea es promover la difusión integral de estos sitios y establecer conexiones entre ellos mediante la creación de rutas y de “territorios



Figura 4.- *Espais de Memoria* propuestos por el Memorial Democràtic de la Generalitat de Catalunya para su gestión integrada.

de memoria” (por ejemplo, la Batalla del Ebro o el Frente del Segre y del Pallars). Otro ejemplo interesante y pionero es el proyecto de la Guerra Civil en Los Monegros (Aragón): aquí se han documentado numerosos restos del conflicto y se han excavado y restaurado un conjunto de fortificaciones republicanas en las que combatió el escritor británico George Orwell³ (Figura 5). El éxito de éstas y otras iniciativas patrimoniales (cf. González Ruibal 2007) demuestra la relevancia social del pasado reciente. No sería razonable que el mundo académico permaneciera al margen de este fenómeno. Pero que se involucre no quiere decir que lo haga a costa de limitar o eliminar otras formas de interacción con los restos de la guerra. Cornelius Holtorf (2005: 5) utiliza el concepto desarrollado por la historiografía alemana de *Geschichtkultur*, “cultura de la historia”. Según esta teoría “todas las manifestaciones de la historia en una sociedad dada, incluidas las que adoptan formas académicas, se consideran igualmente elementos de una cierta ‘cultura de la historia’... Se desarrollan dentro de diferentes ‘teatros de la memoria’ y merecen igual atención por parte de

los historiadores”. Los arqueólogos tenemos que ser conscientes de que somos una faceta más de la *Geschichtkultur* que existe en la España contemporánea y, por lo tanto, debemos aprender a convivir con otras manifestaciones que pueden ser tremendamente valiosas.

4. Políticas de la memoria

Los autores de los artículos mantienen diferentes relaciones con las políticas de la memoria, sobre las que tanto se ha escrito en los últimos años (p.ej. Gálvez 2006; Richards 2006). En los artículos aquí recogidos podemos distinguir básicamente dos líneas: una que entiende la arqueología de la Guerra Civil como una tarea política de recuperación activa de la memoria de los represaliados (Ayán, Falquina *et al.*, Ballesta y Rodríguez Gallardo, Foro por la Memoria, Gassiot, Ríos *et al.*, también Zarankin y Salerno para Latinoamérica) y otra que considera que el conflicto, como cualquier otro episodio histórico, puede ser estudiado de forma imparcial, con el



Figura 5.- Información sobre la Ruta Orwell en Los Monegros, Aragón. (<http://www.losmonegros.com/guerracivil/RutaOrwell.htm>)

objetivo de aumentar nuestro conocimiento científico (Álvarez y Requejo, Castellano, Congram, López Fraile *et al.*, Penedo *et al.*, Torres y Domínguez).

Para Congram y Steadman, la imparcialidad política se justifica tanto por su condición de extranjeros como por la necesidad de realizar su trabajo con los máximos estándares científicos y de forma que pueda ser aplicable en otros contextos. En el ámbito de la arqueología de gestión, la neutralidad política está relacionada, entre otras cosas, con la necesidad de llevar a cabo un trabajo profesional bajo administraciones de distinto signo político. Ricardo Castellano y el Colectivo Guadarrama, por su parte, entienden que la imparcialidad es un elemento clave del éxito de sus propuestas y que tal imparcialidad contribuye a la reconciliación entre españoles, puesto que en el propio colectivo cooperan con entusiasmo personas que mantienen posturas políticas muy dispares. Torres y Domínguez señalan la importancia de tener en cuenta el sufrimiento de todos, con el máximo respeto, cuando se practica

la arqueología del conflicto. El interés por el dolor del otro es, sin lugar a dudas, un elemento fundamental para poder llevar a cabo una práctica que conduzca a cerrar heridas y a la reconciliación. A los arqueólogos les corresponde, también, fomentar ese interés por el otro (sus ideas, sus motivaciones, sus memorias). Conviene no olvidar, sin embargo, que existe un peligro de nivelación ética en las aproximaciones extremadamente fenomenológicas, centradas en el sufrimiento humano generalizado (González Ruibal, en prensa).

Dentro de las posturas políticas comprometidas, Gassiot y Falquina *et al.* coinciden en que la práctica arqueológica debe convertir la memoria privada en historia común, al situar las experiencias traumáticas personales en su contexto histórico y político. Como dice elocuentemente Ermengol Gassiot “se trata de extraer una memoria del ámbito privado para hacerla pública y convertirla en patrimonio colectivo”. No es casual que aquellos que exhuman represaliados (Foro por la Memoria, Gassiot, Ríos

et al., Zarankin) o estudian fenómenos represivos (Ayán, Ballesta y Rodríguez Gallardo, Falquina *et al.*) contemplen su práctica como una forma de buscar justicia. En este caso, y al contrario que en los campos de batalla, está clara la división entre los que sufren y los que hacen sufrir.

No obstante, en mi opinión la diferencia entre los políticos y los apolíticos es menor de la que pensamos. En primer lugar, como ya señalaron en su día Shanks y Tilley (1987: 62-67), no existe realmente una práctica científica desprovista de ideología. En el contexto actual de España, decidir hacer arqueología de la Guerra Civil es ya en sí un gesto político. Todos los autores de este volumen coinciden en que la Guerra Civil y la posguerra son episodios históricos que deben permanecer en nuestra memoria colectiva y que, para ello, deben estudiarse y hacerse públicos. Nadie de los que aquí escriben está a favor de pasar página o dejar la historia enterrada y olvidada, aunque la memoria que propongan recuperar sea distinta en cada caso. No todos los españoles están a favor de desenterrar el pasado, pese a que cada vez somos más los que consideramos que es necesario hacerlo. Muchos siguen opinando como el Barón de Canabrava sobre la brutal Guerra de Canudos (1896-1897), que fue una auténtica guerra civil brasileña: mejor correr una cortina y olvidar —“*Es sabio, es saludable*”.

Por otro lado, si los científicos son inevitablemente políticos, hay que señalar también que quienes propugnan una visión política de la arqueología de la guerra son científicos. Con frecuencia se contraponen el positivismo científico al compromiso político, pero en el caso de la arqueología de la Guerra Civil si hay algo que preocupa a todos los investigadores es que su práctica sea lo más ortodoxa y depurada posible. De lo contrario, estarían haciendo un flaco favor a los ideales por los que luchan: manipular los datos para que encajen con las ideas de uno es un suicidio científico y político al mismo tiempo —sobre este problema cf. Fernández (2006).

5. Conclusión

La arqueología de la Guerra Civil apenas acaba de comenzar, pero su potencial es enorme. El auténtico desarrollo de este campo de estudio tendrá que venir de la mano de visiones integradas que aborden los paisajes culturales de la guerra y la dictadura en sus más diversas facetas: campos de batalla, fortificaciones, huellas del conflicto en la ciudad (edificios dañados por bombardeos, refugios antiáereos, cuarteles, checas, hospitales), campos de concentración, prisiones, viviendas sociales franquistas, ciudades y pueblos reconstruidos en la posguerra, arquitectura fascista. Para ello, los arqueólogos habrán de unirse a historiadores, historiadores del arte, geógrafos y antropólogos que hace tiempo que vienen desarrollando trabajos en estos ámbitos. Desde este punto de vista interdisciplinar, el estudio de la guerra y la dictadura a partir de sus testimonios materiales puede suponer un medio de repensar la forma que tenemos de hacer arqueología y ampliar sus fronteras.

Sin embargo, la reflexión todavía puede ser más revolucionaria y nos puede llevar a poner en tela de juicio la división entre lo prehistórico y lo histórico (Lucas 2005). Los restos que documentamos son una cosa y la otra al mismo tiempo: con frecuencia no tenemos de ellos más datos que los arqueológicos, por mucho que el contexto general sea bien conocido por otras fuentes. La cabaña de familiares de presos que excavamos en el destacamento penal de Bustarviejo no es menos prehistórica que una casa celtibérica de la Segunda Edad del Hierro. Es inevitable plantearse: ¿Quién vivió allí? ¿Qué fue de esa gente? Podemos decir muchas cosas sobre la vida en el destacamento penal de Bustarviejo, pero esas preguntas concretas e intrigantes nunca podremos responderlas ¿Es diferente, pues, esta situación a la de la Prehistoria? Creo que no. Y quizá por ello la arqueología del pasado contemporáneo resulta tan fascinante, tan perturbadora.

AGRADECIMIENTOS

No querría acabar esta nota introductoria sin agradecer a los autores el enorme esfuerzo realizado en unos plazos muy ajustados y al consejo de redacción de *Complutum* por haber acogido en la revista un dossier tan heterodoxo.

NOTAS

1. <http://www.paisajesdeguerra.com/el-proyecto.aspx>
2. <http://www10.gencat.net/drep/AppJava/cat/ambits/Memorial/index.jsp>
3. <http://www.losmonegros.com/guerracivil/RutaOrwell.htm>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARÉVALO, J.M. (2007): *Senderos de guerra. 20 rutas históricas por la sierra de Guadarrama*. La Librería, Madrid.
- BARTHES, R. (1981): *Camera Lucida*. Hill and Wang, New York.
- BENJAMIN, W. (1968): *Illuminations. Essays and reflections*. Schocken Books, Nueva York.
- BUCHLI, V.; LUCAS, G. (eds.) (2001): *Archaeologies of the contemporary past*. Routledge, Londres y Nueva York.
- CASTELLANO RUIZ DE LA TORRE, R. (2004): *Los restos del asedio. Fortificaciones de la Guerra Civil en el frente de Madrid. Ejército nacional*. Almena, Madrid.
- DEWILDE, M.; PYPE, P.; MEYER, M.; DEMEYERE, F.; LAMMENS, W.; DEGRYSE, J.; WYFFELS, F.; SAUNDERS, N.J. (2004): Belgium's new department of First World War archaeology. Publicado en el "project gallery" de *Antiquity*, 78, N° 301, septiembre de 2004. <http://antiquity.ac.uk/projGall/saunders/index.html>. Acceso 30 de junio de 2008.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (2006): Arqueologías críticas: el conflicto entre verdad y valor. *Complutum*, 17: 191-203.
- FUNARI, P.P.; ZARANKIN, A. (eds.) (2006): *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*. Universidad Nacional de Catamarca / Encuentro, Catamarca.
- GÁLVEZ BIESCA, S. (2006): El proceso de recuperación de la 'memoria histórica' en España: una aproximación a los movimientos sociales por la memoria. *International Journal of Iberian Studies*, 19(1): 25-51.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007): Making things public: archaeologies of the Spanish Civil War. *Public Archaeology*, 6(4): 259-282.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (en prensa): Contra la pospolítica: arqueología de la Guerra Civil Española. *Arqueología y Política* (D. Ángelo, ed.).
- HOLTORF, C. (2005): *From Stonehenge to Las Vegas. Archaeology as popular culture*. Altamira, Walnut Creek, CA, y Oxford.
- LUCAS, G. (2005): *The archaeology of time*. Routledge, Londres y Nueva York.
- RICHARDS, M. (2006): Between memory and history: Social relationships and ways of remembering the Spanish Civil War. *International Journal of Iberian Studies*, 19(1): 85-94.
- SAUNDERS, N.J. (2007): *Killing time. Archaeology and the First World War*. Stroud, Sutton.
- SCHOFIELD, J. (2005): *Combat archaeology. Material culture and modern conflict*. Duckworth, Londres.
- SCHOFIELD, J.; KLAUSMEIER, A.; PURBRICK, L. (eds.) (2006): *Re-mapping the field: new approaches in conflict archaeology*. Westkreuz-Verlag, Berlin; Bonn.
- SHANKS, M.; TILLEY, C. (1987): *Re-constructing archaeology. Theory and practice*. Routledge, Londres y Nueva York.